

Pequeña crónica de la ciudad

Estampas de antaño en el Santa Cruz de hoy

Por Juan Antonio Padrón Alborno

Santa Cruz guarda rincones donde el pasado duerme y, por lo visto, continuará haciéndolo durante largos años. Existen ya "cabezas de playa" en la amplia zona que, a gritos, clama por la piqueta municipal y destructora. Sin embargo—y continuando con terminología bélica—tales puntos de apoyo del nuevo Santa Cruz sobre el viejo están necesitados, sin ningún género de dudas, del esfuerzo y refuerzo de la Corporación Municipal.

El sector Cabo-Llanos ha sido, es y será, el tintero donde siempre han mojado la pluma los que, con ilusión, han escrito sobre la ciudad del futuro, de ese futuro que nos parece tan lejano e inalcanzable. Hay, como es lógico, quienes piensan que la desaparición del típico barrio privará a la ciudad de algo para ella entrañable. Cierto. Allí nació Santa Cruz y allí está parte de su pasado pero, quienes tal conservadora opinión sustentan, no habitan en aquella zona de viviendas centenarias, insalubres y carentes de hasta las más elementales condiciones que la moderna ciencia de la Higiene exige.

El barranco de Santos es la frontera del Santa Cruz de ayer que quiere, y no puede, ser de hoy. Y es simbólico que, como acentuando esta ruptura entre dos sectores de la ciudad, el mismo lecho del barranco haya cambiado su aspecto. Hace años, la desembocadura era una pequeña ensenada cuyo nombre—"charco de la casona"—dio lugar a muchos dimes y diretes sobre si era z, y no s, necesaria para su perfecta ortografía. Que si aumentativo unos, que hembra de cazón otros, lo cierto es que allí se respiraba ese aire marinero del Santa Cruz que siempre ha mirado a la mar de frente.

Hoy no ocurre así. Acabo de comprobarlo. La hierba crece y tapiza el fondo. Es cortina piadosa para el vertedero de basuras en que, desde hace algún tiempo, se ha convertido aquella zona de tanto tránsito y que tan poco dista de la verdadera entrada de la ciudad.

Aquel tramo del barranco comenzó a tocar aspecto de sucursal del campo isleño. Aparecieron uncs patos, más tarde unas cabras, y hace sólo unos días—espaldarazo de paisaje bucólico—, un humilde burro que, con aire de filósofo, pacía mientras las nubes ponían sobre la tierra sus pañuelos de sombras.

El rebuzno es la sirena silvestre de los campos. La greguería ramoniana reafirmaba la transformación del cauce, pero, al mismo tiempo, del puerto cercano llegaban, como en

protesta altiva y sonora, las respuestas de otras sirenas. Estas, encaramadas en las altas chimeneas de los "steamers", hacían llegar sus voces airadas al animal que—y vuelve Gómez de la Serna—tiene ojeras blancas, de esperanza y sabiduría. Sí, ese esperanza que, paradójicamente hermanaba con el inmovilismo del rucio sanchopancesco, era todo un símbolo en la mañana soleada.

Allí estaba el pacífico animal con las orejas gachas, el belfo desmayado, los ojos mortecinos, inclinando la grave y sesuda cabeza con el gesto abrumado de todos los que, hombres o burros, han perdido el sentido de la vida. De cuando en cuando, indiferente a una pareja de turistas que le ametrallaban con sus cámaras, el rucio hacia verdaderos estragos en la verde hierba. Tenía apetito y, seguro estoy, cada bocado era como un repique de alegría en el alma de San Francisco, el santo de Asís que interpuso su influencia, nos lo cuenta Axel Munthe, en favor del protector de los perros.

Hoy el burro de carga se ha convertido en una carga de burro. Era anacrónico en las cercanías del centro de la ciudad pero, al mismo tiempo, temporal con los viejos caserones que allí cerca se resisten a caer de una vez para siempre. Junto al Santa Cruz que busca la conquista del espacio y, valientemente, se lanza en verticales de acero, cemento y cristal, el humilde asno ponía su nota característica y campesina. Para la pareja de turistas era algo nuevo, simpático. Pero nosotros, con aquel telón de fondo compuesto de viejas edificaciones, teníamos visiones de antaño y pensamientos diferentes. El cauce del barranco ha vuelto al primitivismo, a traer escenas campestres a una zona de la ciudad que no quiere—mejor: no puede—progresar y modernizarse.

Allí se guardan alientos de un pasado inútil y se olvida que, quien mira al pasado, no merece tener un futuro. El rucio de nuestra historia es pasado, verdadera prehistoria en la época de la tracción mecánica. También es pretérita la estampa del antiguo Santa Cruz que, implorante, espera el tiro de gracia para—Ave Fénix—resurgir con pujanza y plasmado en modernas edificaciones. Todo cuanto allí queda es insalvable, e injustificable su existencia en nombre de valores puramente afectivos. Santa Cruz necesita espacio y, también, los habitantes del sector Cabo-Llanos unas viviendas a tono con las modernas exigencias.